

PODER DE LA MÚSICA.

De la selva en noche fría
Vuelve á su choza Gusmar :
Ni harina ni espigas de trigo halla en torno,
Y es fuerza á los niños hambrientos dar pan.

Pálido el rostro, á su entrada,
Se adelantan hácia él
Los tiernos gemelos, con voz suplicante
Diciéndole á un tiempo:—¿Nos das de comer?

— ¡Nada traigo! ¡De nosotros
Dios se compadezca al fin!
El padre responde, y, oyendo esta frase,
Los cándidos niños replican así:

— Cuando en su ataúd llevada
Nuestra buena madre fué
Al valle sombrío cercano á la iglesia
Y allí la enterraron tres días va á hacer;

De pan nos diste un pedazo
Que el lloro tuyo ablandó.
¿Era ese mendrugo, acaso, el postrero?
— ¡Ni un haz de mi leña vender pude hoy!

El Señor tendrá mañana
De sus criaturas piedad.
¡Oh si yo mis fuerzas prestaros pudiese!
Viendo un arpa antigua, les dice Gusmar.

Descuélgala, y, de sus cuerdas
Al oír la dulce voz,
Sus quejas suspenden los niños, y á poco
Sincera alegría su faz animó.

La suya Gusmar desvia
Su llanto para ocultar;
Toca un són alegre; bailando los niños

Se agitan y cansan; dormidos ya están.

Al verles, el padre esclama
Junto al mísero jergon:
“¡Salud del que pena, refugio del pobre,
Arranca en mis hijos su presa al dolor!”

Y de Gusmar la plegaria
Oída en el cielo fué:
El día amanece; mas duermen los niños
De Dios en el seno, sin hambre ni sed.

1861.

María - S. Ramos de Cero